

CRÍTICA DE CINE: BLADE RUNNER

Por Koldobika Ascaso

Blade Runner es una película que se ha instalado con todo derecho en los clásicos de la ciencia ficción. Es una historia que algunos de nosotros hemos visionado infinidad de veces y aun así sigue gustándonos. Tiene algo especial que vamos a intentar desentrañar.

Para ello la examinaremos no desde el punto de vista meramente tecnológico y profético, sino en las estructuras y profundidades de sus diégesis. Entendiendo este término como cada historia contenida en una misma narración. Y cómo el entramado que forman hace que la película goce de tan buena salud.

La diégesis principal podríamos resumirla de la siguiente forma:

Comienza con un aporte extradiegético de la historia en la que, mediante unas breves líneas, nos ponen al día sobre la naturaleza y antecedentes de la historia. “Qué son los replicantes y la situación de rebeldía”. El protagonista de la historia, Rick Deckard, es un blade runner, una especie de policía o cazador

de replicantes al que piden que se haga cargo de cuatro androides que han vuelto a la Tierra dejando tras ellos un rastro de muerte. Deckard, a lo largo de su investigación, conocerá a Rachael, otro androide, por la que parece que sentirá algo especial. El resto de la diégesis principal narra cómo es la caza de estos replicantes y desvela que la causa de su vuelta es evitar la fecha de caducidad que su creador estableció en cuatro años. Los androides renegados dejarán en su búsqueda un reguero de cadáveres y serán cazados uno a uno por el protagonista. Finalmente, el personaje de Roy Batty, el líder de ese grupo de replicantes, se enfrentará al protagonista, al que se podría decir que perdona la vida quizás por la necesidad in extremis de no desaparecer en silencio. Lo cual justifica el tan conocido discurso final del replicante: “Yo... he visto cosas que vosotros no creeríais...”. Finalmente, el protagonista decidirá fugarse con Rachael para evitar la orden de “anulación” o “caza” que existe sobre ella.

Ésta es la estructura básica. Pero si la analizamos en detalle por sí sola carece de la fuerza necesaria para mantener esta película revisionable. La diégesis principal está conformada por material poco “atrevido” y en el que apenas se profundiza. De hecho, si se ha leído la novela que inspira la película, “¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?” de Phillip K. Dick, enseguida advertimos que el discurso se ha sintetizado y adaptado a rápidos estereotipos cinematográficos como el del detective, en este caso blade runner, de vida desordenada y solitaria.

Pero queramos o no, el proceso creativo nunca está tan controlado como el autor desearía. Parte de ese descontrol viene dado por el uso del lenguaje que describe acciones o diégesis secundarias. Los guionistas Hampton Fancher y David Peoples, y en última instancia el director Ridley Scott en la reinterpretación de la novela y adaptación al lenguaje cinematográfico, apuestan por ciertos elementos y sustituyen o eliminan



otros (como es el hecho de que en la novela Rick Deckard estuviera casado y obsesionado por tener una mascota).

Se sea o no consciente, el lenguaje iconográfico que usamos tiene un significado ya establecido con anterioridad por otras culturas. Naturalmente, y eso en el cine de Hollywood es algo habitual, podemos jugar a ignorarlo y mostrarlos como simple atrezzo. Pero de siempre es conocida la afición de esta industria cinematográfica de usar patrones basados en obras de la mitología griega o cristiana. Un espacio que recuerda al antiguo Egipto o un palacio griego. Un elemento hace su aparición en este escenario: ¿pero qué importancia tiene esa criatura, elemento recurrente a lo largo de la historia? No tendría ninguno evidente si no fuese porque es en realidad una máquina y hace referencia a su antecesor. Por mandato de Zeus se encarga a Hefesto, dios griego del fuego y la forja, construir un búho mecánico. Quizás el primer ser mecánico del cual hemos oído hablar. Sin mediar palabra se nos ha dejado claro dos cuestiones: el creador de los androides tiene complejo de dios.

Se podría haber optado por una interpretación más laica de la historia. Pero en su lugar se ha jugado con componentes religiosos. Y en este punto sacamos una pregunta: ¿poseen alma los androides? No es una pregunta sacada de una chistera. Sino más bien una reflexión tras la utilización de otro icono religioso. El androide da muerte a su creador humano cuando comprueba que no puede darle las respuestas que necesita y se define como ser emancipado: "No haré nada por lo que el Dios de la biomecánica me impida la entrada en su cielo". Algo muy similar a lo que sucederá con los androides de Galactica cuando niegan al hombre como su creador en última instancia.

Sin entender muy bien el porqué, el androide se hace con una paloma. Bueno, nadie le va a echar en cara qué animalillo le gusta. Pero el único papel de esa paloma queda definido cuando muere Roy tras ese conocidísimo discurso: *"Yo... he visto cosas que vosotros no creeríais: atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán... en el tiempo... como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir"*.

Muere y con ello la paloma alza el vuelo. ¿Es la representación de su liberación final? Porque la

idea de liberación está ligada indefectiblemente al paso a otro nivel de existencia. ¿Es la representación del alma del replicante?

La historia principal no difiere de tantas otras vulgaridades y estereotipadas historias del cine de Hollywood y tiene la profundidad de un plato plano.

¿Entonces por qué gusta tanto? ¿Qué tiene de especial?

Y la búsqueda de esa respuesta nos lleva a una diégesis que permanece en segundo plano a lo largo de toda la película y que, sin embargo, puede darnos la clave de por qué aguanta tan bien el revisionado:

Nos referimos a la relación entre Rick Deckard, Rachael y el contexto en el que tiene lugar. Y quizás precisamente en el contexto esté buena parte de esa respuesta.



Hemos visionado una y otra vez la película y aun así no dejamos de recrearnos con los detalles del mundo construido para la ocasión. Nos fijamos en cómo deambulan con esos paraguas con luz propia, algo poco aconsejable según las leyes físicas si no quieres ir dándote con todas las farolas. Pero es en ese caos de anuncios y personajes secundarios en los que encontramos tal disparidad de detalles que parece que descubramos algo nuevo cada vez.

No es nada diferente a un cuadro de Peter Brueghel. Lo vemos una vez y otra y cada vez creemos percibir cosas que antes se nos escaparon. La diferencia radica en que al ser una película disponemos de muy poco tiempo para explorar los detalles. Con lo que difícilmente nos cansaremos de verla. Pero todo aquel que la haya visto con un mínimo de inquietud se habrá fijado en otros detalles que llaman la atención de igual forma: ¿por qué nadie hace nada? Nuestro protagonista corre persiguiendo arma en mano a uno de los androides y la gente ni se aparta. Es como si empujara androides desprovistos de emociones y percepción del peligro. Pero esa pregunta enlaza con otras que se van acumulando.



Rick Deckard es un tipo con las ideas claras; da igual que haya visto o dejado de ver aquel replicante. Es como a Sangre Fría de Capote. ¿A quién le interesan las razones que tuviera un asesino? Todos tenemos una historia y para desgracias de Roy Batty su discurso cae en saco roto. Tan solo la información que pueda obtener de esos androides defectuosos referente al dilema que tiene sobre Rachael le interesa. Un debate cuya balanza inclina el director, de forma poco original, al hacer que Rachael le salve la vida a Deckard mediante una tradicional prueba, irrefutable según el manual del Hollywood clásico: matar a uno de su misma especie. Sí, se trata del clásico salvaje bueno mata a salvaje malo para salvar el culo del hombre blanco.

El protagonista vive solo, su jefe deja claro que ser blade runner es en realidad lo único que tiene. Rachael nos muestra el camino por medio de las fotografías. Son lo único que los replicantes tienen como bien preciado, sus fotos familiares y los recuerdos implantados que les permiten reconocerlas y darles sentido. Pero las relaciones de nuestro protagonista son, por decirlo así, prácticamente nulas. No van más allá de las establecidas en el trabajo y en los lugares que frecuentamos. Bueno, eso y fotografías sobre el piano. Con el mismo carácter demostrativo que las de los replicantes, no es de extrañar que ella sea tan sarcástica como para preguntarle si se ha sometido alguna vez al test detector. Rick Deckard no encajaría ni en la clasificación entre integrados y apocalípticos de Humberto Eco. Sí, es el hombre posmodernista, centrado en el individualismo, formando parte de la sociedad tan sólo en lo estrictamente necesario y funcional. Pero ni siquiera llega al nivel de los personajes de Gaff (Edward James Olmos) y su afición a la papiroflexia, o J.F. Sebastian, quien pareciendo al principio un ser más aislado que el protagonista, mantiene un amigo de ajedrez y es muy capaz de diferenciar que le apasionan los juguetes y que por mucho que intime con ellos, sólo son eso, juguetes.

Rick Deckard es un ser humano desahuciado. Porque no os engañen, en ningún momento se dice o deja claro que los demás no tengan amigos, sepan relacionarse o salir el viernes noche a tomar algo. Es él quien no encuentra con quien relacionarse; es el sicario taciturno.

Porque otra de las características de nuestro protagonista es que no busca en ningún momento la verdad. No está interesado por saber más allá de dónde puede encontrar a sus presas. Ni siquiera en la escena final en el enfrentamiento con el replicante Roy Batty tiene una sola pregunta para él. Lo escucha, tampoco es que le quedara más remedio, pero

Otra escena importante la tenemos en su apartamento: le pide a esa máquina por la que se siente atraído, que diga lo que él quiere oír: “pídeme que te bese”, a lo que ella contesta “bésame”, “te deseo” a lo que ella contesta “te deseo”. “Otra vez”, y ella vuelve a responder “te deseo”. Hasta ese punto ella no es más que una replicante, un sucedáneo de la vida emocional que él no tiene. Pero sucede lo que desata finalmente la pasión de él por ella: “PON TUS MANOS SOBRE MI”. Es la respuesta que Rachael le proporciona libremente, la que cimienta la fantasía de libre albedrío que él necesitaba para justificar sus sentimientos hacia ella.

Dicen que la basura de un hombre es el tesoro de otro. Así, de la misma forma que Rachael es desechada por su creador, curiosamente se convierte en lo más importante en la vida de Deckard. Y quizás sea la parte más consecuente con la novela. La imposibilidad del Deckard (novela) por hacerse con una mascota real y cómo ha de conformarse con una artificial que pueda pasar por auténtica para los demás. Es revelador el papel de Edward James Olmos como Gaff. Un personaje que parece observar de cerca la vida del protagonista y que le da a entender finalmente que acepta sin prejuicios que encuentre la felicidad junto a una máquina.



¿Pero y ella? Bueno, no es que esta historia sea la mejor estructurada de la película, pero si observáis una escena en particular os resultará extrañamente familiar. En el local en el que busca a la bailarina de la serpiente, mientras todos charlan y se divierten, él se va a un lado para llamar a Rachael por teléfono. La lástima es que el papel de Rachael esté tan poco justificado.

Nos tenemos que contentar con pensar que él le pareció guapo e interesante a ella (siempre ayuda que la competencia sea un viejo decrepito) y que al ser Deckard el primer humano en percatarse de su auténtica naturaleza eso signifique algo para ella, que tal vez busque en él la aceptación que necesita tan desesperadamente. Pero, como digo, el papel femenino no está demasiado definido. Aunque bien visto, al fin y al cabo ella no es más que una máquina.

Finalmente tenemos una historia de acción en la que nuestro protagonista tiene que dar caza a unos malvados replicantes (el que no crea que lo son tampoco habrá entendido “Distrito 9”). Es la parte que entretiene y aporta la acción que hace posible que se desarrollen los acontecimientos.

Por otro lado, existe un universo visual del que difícilmente podemos cansarnos por la enorme cantidad de detalles con los que cuenta. Es la escenografía, la que enriquece visualmente la historia y contiene claves para desentrañarla.

Y por último la historia de un hombre que encuentra su parte de felicidad, la salida a una vida vacía por medio del amor a una androide en una diégesis subyacente que requiere que la busquemos e investiguemos en cada visionado. Es la historia subyacente que poco a poco, visionado tras visionado, se va haciendo con el control de la película. En buena medida debido a que se desarrolla bajo el excesivo ruido que crean a su alrededor la historia de los replicantes asesinos y la recargada ambientación.

¿Es algo intencionado? Puede, aunque a veces simplemente sucede.

Hay quien cree que muchas películas cuentan con varios niveles de diégesis. La destinada al público más generalizado, más comercial y aquella que, salvando la taquilla, supone un regalo para los que no gustan de la comida rápida.

Eso es cuestión de cada uno, pero si no la habéis visto aún, desconfiad de esos forofos de la ciencia ficción que no ven más allá de androides. Visionadla sin prejuicios y en tranquilidad.

Koldobika Ascaso